

V. Feltri, *Il latino lingua immortale. Perché è più vivo che mai*, Prefazione di Giulio Dellavite, Milán, Mondadori, 2024, XI+151 pp.

Antonio López Fonseca

<https://www.doi.org/10.5209/cfcl.106014>

Si cualquier persona interesada en las Humanidades, más aún si siente siquiera un mínimo interés por el latín, al acercarse a la mesa de novedades de una librería encontraría un volumen con un título tan provocativo como este, sin duda, lo tomaría en sus manos. Y le daría la vuelta para leer la contracubierta, donde encontraría este texto: “il latino continuerà a indicarci lo spirito e il senso delle nostre esistenze, perché non possiamo considerare fuori dal tempo nemmeno una goccia della sua saggezza, della raffinatezza del suo pensiero”. Es probable que no pueda devolver el libro a la mesa y se lo lleve. Pero ¿quién es el autor? ¿Un filólogo clásico? No. ¿Un historiador? Tampoco. ¿Un divulgador del mundo clásico? En absoluto. El autor es un periodista.

Vittorio Feltri (Bergamo 1943) es un periodista, ensayista y político italiano que ha dirigido varios periódicos como *L'Europeo*, *L'Indipendente* e *Il Giornale*. En 2020 fundó *Liberio*, del que fue director editorial hasta el 7 de septiembre de 2023. En el ámbito de la política destaca el hecho de que, en 2015, durante las elecciones presidenciales, fue el segundo candidato más votado en las tres primeras votaciones, y el tercero en la cuarta (la que eligió presidente a Sergio Mattarella). Posteriormente, en las elecciones de octubre de 2021, fue elegido concejal en Milán como líder de Fratelli d'Italia, puesto que abandonó meses después por motivos de salud. En las elecciones regionales de 2023 fue candidato como líder también de Fratelli d'Italia, resultando elegido. De sus más de veinte libros publicados, pueden destacarse, por citar solo los más recientes, *L'irreverente. Memorie di un cronista* (2019), *Atalanta. La dea che mi fa godere* (2021), *Com'era bello l'inizio della fine. I grandi incontri della mia vita* (2022) o *Fascisti della parola. Da negro a vecchio, da frocio a zingaro, tutte le parole che il politically correct ci ha tolto di bocca* (2023).

Esta provocativa obra se abre con un apasionado prefacio (pp.vii-xi), a cargo de Giulio Dellavite, que dice del libro que “mostra come il latino non sia una lingua morta, ma un lievito madre”. ¡Una levadura madre! ¡Qué expresión tan acertada! Tras las páginas de invitación a la lectura y de reivindicación de la lengua latina, una introducción del propio autor, con el título de “Come Cicerone e Seneca mi hanno cambiato la vita” (pp.3-8), plantea el eterno (como Roma) debate de “lingua morta, lingua viva”, antes de ofrecernos un planteamiento de las motivaciones del libro lo suficientemente abierto como para que cualquiera se pueda sentir atraído (incluso los detractores de la importancia del conocimiento de la lengua y la cultura latinas): “il latino ha ancora energia sufficiente per essere un meraviglioso e acceso motivo di dibattito” (p.3). Pues bien, ese debate al que nos invita se estructura en trece capítulos, de los cuales una decena lleva por título una expresión de esas que todo el mundo conoce, aunque no sepa latín (o, incluso, lo odie).

En “i. Le radici visibili e le radici invisibili” (pp.9-22), con un lenguaje coloquial, claro, alejado de los rigores de la lengua académica, comprensible para cualquier lector, periodístico (en el mejor sentido de la palabra) me atrevería a decir, que se mantendrá a lo largo del conjunto, el autor abre sus profundas reflexiones. Así, algo tan simple como una anécdota personal en la que un día se encontró con alguien que estaba tirando una colilla al suelo cerca de su casa, y al que afea la actitud, le da pie para comentar una expresión “periodística”, *in camera caritatis*. Así, el autor habla al comienzo del capítulo de las citas conscientes, para luego centrarse en el latín

que se esconde, las palabras disfrazadas por la costumbre o lo antiguo que parece nuevo, todo ello con referencias absolutamente contemporáneas (y periodísticas) como Mario Draghi, Putin o Navalny, lo cual facilita enormemente la comprensión del mensaje y lo hace más “contundente”. El segundo capítulo, “ii. Lingua viva e lingua morta” (pp.23-33), se centra en el busilis de la cuestión: “Non ditemi che il latino è morto, l’idea non mi piace e non la condivido, perciò disenterò qualsiasi funerale” (p.23). ¡No hay funeral que valga! Aquí se centra en la explicación de las razones enterradas por el tiempo, en el destino de la lengua, para terminar presentando el gran debate (lengua viva vs. lengua muerta) y tomar postura: “io sto con il latino” (p.31). El siguiente capítulos, “iii. Il vezzo della citazione” (pp.34-43), comienza con una reflexión de calado, pues asume que su país es un país de humanistas, o mejor dicho, de gente que cita, que le gusta citar versos antiguos, cuanto más antiguos, mejor; pero, más aún, el triunfo será absoluto si el verso está en latín. ¡Qué bien queda soltar un “latinajo”! Aboga por un humanismo en el alma y hace frente a la invasión anglófona, recordando al final que, cuando se cita, se puede tropezar, no obstante lo cual rinde homenaje a esa memoria que llamamos cita.

A partir de este punto, el autor parece haber tomado la decisión de ser más implacable (aún) en sus argumentos y titulará el resto de los capítulos con expresiones latinas, máximas, sentencias de todos conocidas. En “iv. *Carpe diem*” (pp.44-53) nos invita a visitar el pasado, y nos habla de su personal punto de inflexión, en abril de 1993, cuando recibió una llamada de su amigo Giovanni Belingardi, jefe del gabinete de prensa del empresario que, dese hacía algún tiempo, estaba en boca de todos en Milán, Silvio Berlusconi, que quería tener una conversación con él (que no revelaremos aquí). Este es el pie que le sirve a Vittorio Feltri para hablar de la modernidad de los antiguos y del arte de no esperar a mañana (¡todo un canto contra la procrastinación!). Sigue con “v. *Per aspera ad astra*” (pp.54-64), casi un adagio, que le permite hablar de la democracia arrogante, de mensajes equivocados (siempre, no lo olvidemos, con el presente como punto de referencia, lo que impide que el lector se pierda en un proceloso mar de sesudas argumentaciones académicas), de las ilusiones (vanas) del *marketing*, y concluye devolviéndonos a las estrellas nada menos que con la misión del *Apolo 11* y su histórico alunizaje. Siempre entre el latín y la rabiosa actualidad, en “vi. *Alea iacta est*” (pp.65-72), tras ocuparse de la tradición de la expresión desde el *De bello Gallico* de César y de su traducción, reflexiona el autor sobre la fuerza de las decisiones, las opciones, las elecciones, para cerrar el círculo con una vuelta a los orígenes de la expresión. Sin alejarnos de César, “vii. *Vini, vidi, vici*” (pp.73-85), aborda este “slogan dell’arroganza”, de la soberbia de quienes triunfan sin esfuerzo, lo que de forma peligrosa puede conducir al amenazante sabor del triunfo, al cinismo e, incluso, a quedarse fuera de la historia, ejemplificando en esta ocasión con Giorgia Meloni, quien también contactó con el autor en 2021 proponiéndole estar al frente de la lista de Fratelli d’Italia, además de con cuestiones tan debatidas como el envío de armas a Ucrania. Todo actualidad, sí, pero todo con ecos del mundo latino, como si ya hubieran imaginado todos los mundos posibles. El viaje continúa en “viii. *Do ut des*” (pp.86-95) con una idea que se presenta como una ley universal, ¡al nivel de la ley de la gravedad de Newton! Pero, claro, ¿podemos fiarnos hoy de los regalos? Esta circunstancia se relaciona aquí con un vicio *ab origine* que nos sitúa en el filo de la navaja y nos puede hacer caer del lado de lo inmoral, incluso delictivo. ¿Hacemos cosas a cambio de dinero? Con “ix. *Aurea mediocritas*” (pp.96-107) nos adentramos en el difícil arte de encontrar la medida, el justo medio, y se toma como punto de partida a Horacio en busca del talento que tenemos en nuestro interior. Pero la vertiginosa sociedad actual nos aleja del punto medio, lo que nos obliga a ir a la caza del culpable, punto en el que se aborda la cuestión de la imagen que damos frente a la que tenemos, de Facebook e Instagram..., de derrotas reales y victorias falsas. El recorrido sigue con el virgiliano “x. *Audentes fortuna iuvat*” (pp.108-121), una suerte de himno al coraje que nos pone frente a la política que se atreve, osa, se arroja, a partir de la elección de Sala como alcalde de Milán en junio de 2016, lo que le da pie para hablar de política municipal y adentrarse en el terreno de la deriva de la irresponsabilidad y de la fácil osadía, sobre todo cuando se trata de la piel de los demás. El pensamiento con el que el autor confiesa haberse evitado miles de dolores señorea en “xi. *De gustibus non est disputandum*” (pp.122-134), porque los gustos son absolutamente personales y poca utilidad tienen discutir sobre estas preferencias. Tras estas reflexiones, señala que todos sabemos que hablamos una lengua que deriva del latín, pero una “lingua impoverita”, empobrecida, aunque la belleza de una lengua consiste en que cada cual pueda hablarla como le parezca, siempre y cuando pueda hacerse entender. A la postre,

como termina el capítulo, las opiniones no son discutibles. Un libro de esta naturaleza, en el que la actualidad, el entorno del autor y la vida de la comunidad laten en cada palabra, no podían faltar algunas reflexiones a propósito del perfume de la injusticia (¿qué es justo?), que están recogidas en “*xii. Tu quoque, Brute?*” (pp.135-142). El episodio que sirve de pórtico a la reflexión es el caso del político Piero Fassino, miembro de la Cámara de Diputados y que en el pasado fue, entre otras cosas, secretario de los Democrati di Sinistra, ministro de justicia y alcalde de Turín. ¿Qué le sucedió? Se le acusó de haber intentado robar un frasco de perfume de Chanel de 130 euros en una tienda del aeropuerto de Fiumicino. Esto le lleva a hablar del mercado de la hipocresía, conjuras y togas. Por último, se cierra el volumen con un inapelable “*xiii. Homo homini lupus*” (pp.143-151). A lo largo de las páginas han desfilado personajes de toda naturaleza, índole y condición que nos han enseñado que existe una suerte de “gen de la ferocidad”, una colección de páginas negras protagonizadas por criminales y por el horror, algo bien sabido por los periodistas de la generación de Vittorio Feltri, como él mismo reconoce (p.144).

Quien espere una *performance* de agitación en defensa de la lengua latina, su estudio, su mantenimiento en los planes de estudio, no lea este libro (a pesar del título). Por el contrario, quien quiera entender el presente a partir del pasado, quien quiera soldar la brecha que provoca un bloqueo de transmisión entre pasado, presente y futuro, para de ese modo liberar un horizonte que no quiera abolir el pasado (abolición que nos arrastra a una bárbara reivindicación del caos y la nada), leerá con gusto estas páginas. Un periodista y político hablando del presente y explicándolo a partir de grandes verdades que nos legaron los romanos en su lengua. ¿Cómo que el latín es una lengua muerta? El latín es una lengua inmortal.

